

Comedieta

Jonathan Gómez Narros

Los días de estreno eran agobiantes. Y a él que le faltaba el canto de un franco para ponerse de los nervios...

-¿Dónde está el mozo? Que mueva esas bambalinas... ¿Y esa mesa? ¿Qué hace en medio de la escena? ¡Rápido! ¿No os habéis enterado de que estrenamos hoy? La escena tiene que estar perfecta.

Era su apuesta personal... Sabía que se jugaba mucho: su prestigio... El éxito o el fracaso más absoluto... El tema era muy asequible para cualquiera, pero él... Él era el mejor dramaturgo de toda la nación. Si esto le salía bien, se le encumbraría al Olimpo de los literatos; o, en caso contrario, hundirle en la más absoluta de las miserias...

-¡Eh, tú! -Ahora su nerviosismo se dirigía a un jovencuelo pelirrojo, que portaba telas de diversos colores.- ¿Dónde crees que vas con eso? ¿No os dejé bien claro que odiaba esas telas? Y tú -Esta vez el objetivo de su ira se centraba en un rapacillo menudo, desorientado. - ¿Qué haces? ¿Terminaste de acomodar los palcos? ¿Sí? Conforme... El exaltado director de escena no se había percatado de la presencia en la sala de un singular personaje que, por la vestimenta, seguía las modas de la época: ropas de estilo acuchillado, gorgueras y agujetas... «un caballero importante, al parecer... Aunque no sé de qué corte pueda proceder...»

-¿Qué desea, caballero? -le preguntó con reticencia el noble dramaturgo- ¿no ve que estoy ocupado?

-Disculpe vuesa merced. -respondió el caballero con un acento fuertemente sureño- Oso presentarme ante usted, insigne escritor, adalid de las letras de nuestro tiempo, debido a que mi señora demanda de sus servicios...

-¿Su... señora...?

-Sí, eso he dicho -afirmaba. El caballero miraba suspicazmente a su interlocutor, esperando que no le pusiera muchos problemas aquel

escritorzuelo que se había convertido en el capricho de su señora... Además, aquella nación no le agradaba en absoluto. Rebuscó y sacó de su viejo zurrón un papel. Se lo entregó al escritor. -Aquí tiene lo que mi señora desea... para que no desconfíe de mis intenciones...

Lo leyó. El trabajo estaba claro: preparar una comedia sobre la vida en la corte, con la señora como protagonista, aunque le costó mil demonios entender el documento por el tipo de letra; dominaba el idioma a la perfección, pero ese tipo de letra le resultaba extraña.

-Entiendo... -dijo reflexivo el famoso dramaturgo- Lo que no logro entender es para cuándo quiere su señora que me presente ante ella.

-Mañana -respondió tranquilo y sin darle importancia el mensajero - Evidentemente, debe venir conmigo, vuesa merced.

Se quedó atónito ante esa respuesta. No podía dejar el estreno de su gran obra a medias... Sería un insulto a su público

No le dio tiempo a reaccionar. Cuando quiso darse cuenta, estaba siguiendo a aquel extraño caballero de sombrero de ala ancha sin pluma. Partió hacia aquellas tierras, para él, bárbaras...

El frío cuchillo iba a cercenar su fino cuello de escritor de fama. ¡Maldito bastardo! ¡Si él era inocente! El culpable había huido, abandonándole a su suerte, deshonorándole a él y a aquel bruto que lo sujetaba con vehemencia, increpándole no sé qué toro borrado del pubis de su señora...

-Vuestra excelencia, aquí está Monsieur....

-¿El bufón?

-No, señora, no me insulte... Yo no soy ningún buf...

-No me interrumpas, insolente

Desde su llegada a aquella corte de locos, no había dado una a derechas. ¡Cuán diferente era la vida allí, en los fines de aquel continente que Dios había creado! ¡Tanta fastuosidad, tanto colorido, tanta apariencia, tanta estulticia...! Y qué decir del teatro... Nada comparado con los adelantos técnicos y arquitectónicos de su patria natal... Aquellas corralas, sin palcos, sin clase alguna... Menos mal que los autores patrios eran unos virtuosos de la pluma.

-Señora, disculpe al extranjero. No entiende de modales. -El extranjero iba a protestar, pero un sutil codazo de su benefactor durante esos días le hizo callar (y quedarse sin respiración durante unos instantes) -Como le decía, aquí está Monsieur... Monsieur... bueno... es que su apellido es impronunciable. Aquí tiene lo que pidió: al más insigne dramaturgo de nuestros años.

-¡Ah! -expresó, altanera, su sorpresa. Levantó el mentón en señal de realeza, sintiéndose y haciendo sentir que ella era la señora- Muy enclenque y muy blanco, ¿no? Bueno, da igual. ¿Sabe, Monsieur, su cometido?

-Sí... Bueno... A medias -titubeó en su respuesta el interpelado.

-Quiero que plasme con su magistral pluma mi corte

-¿Cómo? ¿En una de mis tragedias?

-Evidentemente, no. En una comedia. ¡Que sea alegre!

-Más bien sería comedieta -susurró el extranjero.

Se encontró con problemas desde el principio. ¿Cómo iba a representar la fastuosidad de la corte con esos miserables materiales? Él estaba acostumbrado a trabajar con sedas orientales, con candelabros de oro que adornaban la escena... ¡Era del todo impensable! Un genio como él entre esa panda de rebaño lanar... Un escritor que se estaba iniciando en el mundo del teatro (y de la corte) le había aconsejado que hiciera que el público se imaginara la escena; que jugara con las palabras, mediante las cuales creara el

ambiente... ¡Estupideces! Mucho “representa la magnífica corte”, pero sin un real...

Una sombra de incertidumbre le acechaba, aunque él no se diera cuenta... Los rumores decían que un recién llegado a la corte ocupaba los aposentos de la señora cuando el señor faltaba...

Siempre se sorprendía de la capacidad del ser humano por aparentar. Sobre todo en la ropa. Las mujeres llevaban bullones y mangas abultadas. En el cuello, gorgueras rizadas; faldas y sobrefaldas, jubones, corpiños... En los hombres se estilaba la sobriedad, los colores oscuros, las prendas ceñidas, sin arrugas ni pliegues... ¡Malditas apariencias!

No le gustaba nada la corte, pero debía soportar los demanes de su “buena” señora... Aunque llevara casi un mes a cuerpo de rey no había escrito nada aún... Nada le llamaba la atención en aquella insulsa corte...

- Y si...

Poseído por la musa, o por una irrefrenable sed de plasmar en el papel todo lo que le parecía aquella tierra, cogió su pluma y empezó a escribir...

La obra parecía que gustaba. La comedieta hacía reír a ese público tan zafio. Eso le hacía estremecerse, más por el pavor de ver que el público era tan basto... había traicionado su obra y, por primera vez, no escribía para los de la alta alcurnia...

Pero, como decía aquel único amigo que había logrado hacer en ese tiempo y que no escribía del todo mal (siempre le decía que, si se arrimaba a los buenos, tendría éxito asegurado): como paga el vulgo, es necesario hablarle en necio

De pronto se hizo el silencio en la corrala. Un silencio agobiante. Un silencio que antecede a la muerte. Todos los ojos de los críticos, que asistían al espectáculo y que estaban reunidos en la misma habitación, junto al cura y a

él, se dirigían a él. No entendía por qué había tanto horror y rechazo en ellos...

En escena, la señora, protagonista de la obra, yacía en sus aposentos, despreocupada y, con ella, a los pies de la cama con dosel, un personaje masculino, que representaba al mozo de caballerías...

-Señores, ¿no se habrán tomado esto como algo verídico? Sigán contemplando y admirando la comedieta, comprenderán que es parte del chiste, de la sal escénica...

-¡Ultraje a la señora! -gritó el sacerdote, el más viejo y gordo de todos los presentes

-Hi de puta

-Mal nacido

Estaba en problemas. El pueblo tampoco había entendido aquella escena...

Con el cuchillo a punto de devanarle el cuello, pensaba en su mala suerte; en la hora en la que llegó a aquella corte; en haber aceptado el encargo de esa señora tan casquivana; en creer que aquel escritorzuelo era su compadre...

Sintió una punzada al recordar la escena que vivió, sin querer, en aquel aposento; ver los cuerpos desnudos, sin nada que los dejase aparentar lo que no son, de su señora y de su colega de profesión

“Arrimarse a los buenos” pensaba jocosamente.

Por los consejos de ese Judas se había convertido en una cabeza de turco...

Otra punzada, ésta más real, le dejó seco